

Sus hijos, sus dependientes, sus criados, las familias de sus esposas, todos los que en fin conservaban al gobierno español ese respeto y adhesión creados desde que la raza indígena se mezcló con la europea; desde que se formó la nueva sociedad que no conoció mas bandera que la de la metrópoli, bajo la cual habia combatido contra los enemigos de España que consideró siempre como enemigos suyos.

1810. Pero sigamos á los parlamentarios del Setiembre. cura Hidalgo, á quienes dejamos dirigiéndose hácia donde se hallaba el caudillo de la revolucion para darle cuenta del resultado de su comision. El cura Hidalgo, impaciente con la tardanza de la vuelta de sus comisionados, y cansado de esperar cuando le interesaba obrar activamente, habia emprendido su marcha hácia Guanajuato al frente de su numeroso ejército. Conociendo el carácter pundonoroso del intendente Riaño y lo estricto que era en el cumplimiento de su deber militar, estaba persuadido que se defenderia á todo trance, y en consecuencia emprendió la marcha para sitiar la plaza.

Para poder emplear todas las fuerzas en el ataque y no tener que atender en este á mas cuidado que á los de la accion de guerra, dejó á los presos españoles, sacados de Dolores y San Miguel y los que se habian aprehendido en los lugares del tránsito, en la hacienda de Burras. Dejó encargados de su custodia algunos indios, y para evitar que los presos intentasen la fuga, se les amarró, recomendando además á los encargados de la hacienda, la mayor vigilancia sobre ellos, haciéndoles responsables de

la fuga de cualquiera de los europeos que allí quedaban (1).

1810. Cuando Abasolo se dirigia, como he dicho, Setiembre. á dar cuenta del motivo de la tardanza en la contestacion, se encontró con la vanguardia de la tropa del cura Hidalgo que avanzaba en aquellos momentos por la calzada de Nuestra Señora de Guadalupe, que es la entrada de la ciudad por la cañada de marfil. Era muy cerca del medio dia. Iba por delante, como de descubierta, un numeroso peloton de indios, algunos con fusiles, y la mayor parte con lanzas, palos, machetes y hondas. Los que marchaban á la cabeza de ese peloton, pasaron el puente que lleva el mismo nombre que la calzada, y llegaron hasta enfrente de la trinchera inmediata, al pié de la cuesta de Mendizabal. Estaba aquella fortificacion á cargo de D. Gilberto de Riaño, á quien su padre le habia confiado por ser uno de los puntos de mas peligro. Al ver acercarse al desordenado grupo de indios, mandó hacer alto en nombre del rey; pero como los que avanzaban continuaron marchando hácia la trinchera, mandó romper el fuego sobre ellos. La descarga hecha por los soldados que defendian el parapeto, hizo caer sin vida á algunos indios, y obligó á los demás á retroceder á toda prisa para no correr la misma suerte. Entonces un hombre de la plebe de Guanajuato, que estaba en la calzada, les dijo que el sitio á donde debian dirigirse era al cerro del Cuarto, y uniéndose á ellos, les acompañó. Mientras este numeroso peloton de gente mar-

(1) Liceaga: *Adiciones y Rectificaciones*.

chaba al sitio indicado, las demás cuadrillas de indios que formaban la infantería del ejército de Hidalgo, iban ocupando las alturas y todos los puntos desde donde se pudiera hostilizar á los realistas fortificados en la alhóndiga.

La plebe de Guanajuato y el pueblo de las minas se unieron á las fuerzas insurrectas, y pronto se coronaron de un gentío inmenso los puntos dominantes de la ciudad. La gente operaria, principalmente de la mina de Valenciana, excitada por D. Casimiro Chovell, administrador de aquella negociacion, se manifestó entusiasta por la causa de Higoalgo. Chovell, segun se cree, estaba ya en relaciones con el caudillo de la revolucion y dispuesto á favorecer el ataque contra el intendente. Varias partidas de indios que se habian separado en su marcha del grueso del ejército por anticipar su entrada por las veredas, daban el quién vive á todos los que encontraban al paso, y como algunos ignoraban lo que se debia contestar, se veian expuestos á ser maltratados. Una de las personas á quienes uno de esos grupos sueltos que marchaban sin oficial y sin orden, dió el quién vive, fué el licenciado D. José María Liceaga, que se dirigia en aquellos momentos, como él dice en su obra *Adiciones y Rectificaciones*, á una de las casas situadas en la calle que empieza en lo más alto de la subida de la plazuela de los Angeles. Inmediatamente que se encontró con una de las partiditas sueltas de indios, le preguntaron «¿quién vive?»—«La América,» contestó Liceaga, por ser á ella á quien se victoreaba por el ejército insurgente.—«Diga la América sagrada,» le dijo entonces furioso un zapatero

que iba entre la multitud de la plebe, que se habia reunido á los indios; y al decir esto le tiró un tranchetazo á la cara que no llegó á tocarle, por la prontitud con que el amagado dió un salto hácia atrás. Las masas desordenadas siguieron sin más su camino, y D. José María Liceaga el suyo.

1810. Las fuerzas sitiadoras ocuparon entre tanto Setiembre. el cerro del Cuarto, donde se colocaron soldados de la Reina y de Celaya armados con fusiles, y una multitud de indios honderos, bien provistos de piedras que tenian amontonadas á su lado; fuerzas no menos numerosas se situaron en el cerro del Venado, y algunas de indios solamente, aunque muy pocas, en el de San Miguel, pues quedaba muy lejos de la fortificacion. En las casas fronteras á Granaditas se pusieron los demás soldados del regimiento de Celaya, armados de fusiles; y un cuerpo de caballería de mas de dos mil hombres, compuesto de gente del campo, con lanzas y machetes, mezclado con los dragones del regimiento de la Reina, bajó de las Carreras á la ciudad. Al frente de esos Dragones se hallaba el cura Hidalgo, quien, armado de una pistola que llevaba en la mano y montado á caballo, recorria todos los puntos inmediatos á la alhóndiga. Mientras se ocupaba en dictar las necesarias disposiciones, se desprendió de la columna que atravesaba la poblacion para ir á situarse en la calle de Belén, una partida que saqueó una dulcería perteneciente á D. Diego Centeno, teniente coronel del regimiento del Príncipe, y que puso en libertad á todos los presos de ambos sexos que estaban en la cárcel, que ascendian á cerca de cuatrocientas perso-

nas (1). Entre esos presos habia muchos que habian cometido graves delitos, y cuya suelta era, por lo mismo, un mal para la sociedad. A las mujeres las dejaron ir á donde fuese su voluntad, y á los hombres les obligaron á engrosar las filas para el ataque de la alhóndiga.

1810. Se ha dicho por un escritor muy respetable, que el caudillo de la revolucion, al bajar á la poblacion, se quedó en el cuartel de caballería del regimiento del Príncipe; y aunque la asercion descansa en la declaracion de Abasolo, no por esto deja de ser inexacta y contraria á la verdad. No hubo una sola persona de las que presenciaron el ataque, porque vivian próximas al teatro de los acontecimientos, que no viesen al cura Hidalgo marchar de un punto á otro para recorrer la línea. Ni era posible que cuando todas las miradas estaban fijadas en él, como capitán general del ejército que mandaba, abandonase repentinamente sus fuerzas, sin pretexto ninguno para ello, y se encerrase en el referido cuartel, cuando este y la alhóndiga se hallaban situados en los extremos opuestos de la ciudad. Que en los momentos de inminente peligro, cuando en medio de una accion reñida el enemigo amenaza por todas partes, el general abandone el campo de batalla, no es un caso nuevo, aunque sí vergonzoso; pero cuando, como sucedia en la alhóndiga, los contrarios estaban encerrados en un reducido perímetro, en un aislado edificio, sin artillería, con malos fusiles y su número no excedia de quinientos hom-

(1) Alaman: *Hist. de Méj.*, tom. 1.º, pág. 426. — Liceaga: *Adiciones y Rect.*, pág. 107.

bres, la ausencia del jefe que contaba con mas de veinticinco mil hombres y con toda la plebe de los barrios, no solamente hubiera sido vergonzosa, sino in calificable de puro absurda. El cura Hidalgo estaba vivamente interesado con el éxito de la toma de la alhóndiga, como que de apoderarse de ella ó ser rechazado dependia el impulso de la causa de la independencia ó su desgracia, y no era

1810. posible que permaneciese encerrado en un Setiembre. punto distante á los acontecimientos, cuando le importaba saber la marcha de los sucesos, exponiéndose, si estos eran contrarios, á ser hecho prisionero en un sitio que se hallaba dominado por todas partes y que no tenia otra salida que una puerta. La declaracion de Abasolo fácilmente se comprende que tenia por objeto atenuar los cargos que le resultaban, y que, con el objeto de conseguir lo que deseaba, dijo que se habian reducido á la sola entrada de la capital y no al ataque, haciendo que las consecuencias de este cayesen sobre el pueblo (1).

Mientras el cura Hidalgo recorria los puntos mas próximos á la alhóndiga que ocupaban sus tropas, el intendente D. Juan Antonio de Riaño se ocupaba en situar convenientemente las suyas. En la azotea del edificio co-

(1) El licenciado D. José Maria Liceaga que presencié los hechos, hace muy juiciosas reflexiones sobre este punto, y asegura en las *Adiciones y Rectificaciones*, que cuantos presenciaron el ataque ya porque estuvieron cerca, ó ya en alguna distancia, en la que sin embargo no les fuera difícil observar lo que en él pasaba, vieron que Hidalgo montado á caballo, y con una pistola en la mano, recorria todos los puntos inmediatos, lo que además de confirmarlo muchos testigos de vista, lo persuaden razones de tanto peso, que hacen increíble que se hubiera quedado en el cuartel.»

locó una parte del batallon y paisanos armados; una respetable guardia en la puerta, y una reserva en el patio. La defensa de las trincheras se confió á destacamentos del batallon; la hacienda de Dolores á los paisanos, y la caballería del regimiento del Príncipe se situó en la bajada al rio de la Cata. El plan del intendente era, segun se cree, dejar en la alhóndiga, con una fuerza competente, al capitán D. Manuel de la Escalera; y él, en union del mayor Berzabal, salir con la reserva y la caballería, á desalojar á los contrarios de los puntos de donde mas ofendiesen. Difícil era ciertamente la ejecucion de este plan, cuando solo contaba para todo con quinientos hombres; pero persuade á creer que así estaba dispuesto, el haber colocado la caballería en la bajada al rio de la Cata, pues de otra manera no hubiera tenido objeto el situarla allí.

Los preparativos para el ataque de una parte y la defensa de la otra habian terminado.

La lucha iba á empezar entre los que anhelaban la emancipacion del pais en que habian nacido, y los que deseando que continuase formando una parte integrante de la metrópoli, se unian al gobierno español.

No iban «á medir sus armas por la primera vez,» como con sensible impropiedad dice un escritor moderno, «los conquistados contra los conquistadores,» puesto que todos los caudillos de la revolucion eran hijos de españoles ó descendian de ellos, sino entre hijos de un mismo suelo que miraban bajo distinto punto de vista la felicidad de la patria (1). Todos amaban de igual manera el

(1) No está de acuerdo con la historia el apreciable escritor D. Emilio del

bello pais en que habian visto la primera luz del sol; pero unos juzgaban conveniente seguir formando una sola nacion con aquella á quien se habian unido antiguamente casi todos los reinos de Anáhuac para sacudir el yugo de los mejicanos, mientras otros creian que gobernándose por sí mismos, la patria llegaria á un grado de esplendor y de adelanto que la colocarian en el rango de las primeras potencias del mundo. Era, pues, una lucha entre hermanos; adictos unos á la metrópoli á quien habian visto siempre como madre, y aspirando otros á la emancipacion para dar nuevo giro á sus ideas de gobierno. Entre los mismos que se hallaban en la alhóndiga

Castillo Negrete en su obra *México en el Siglo XIX*, al decir que: «Por primera vez iban á medir sus armas los conquistados contra los conquistadores; los esclavos se levantaban contra sus señores; la poderosa águila mejicana, hendiendo los aires, retaba al imponente leon español al combate.» Hidalgo era descendiente de españoles, y Allende, Aldama y Abasolo, eran hijos de españoles. El mismo origen tenian todos los que formaron las juntas de San Miguel, Valladolid y Querétaro. No descendian, pues, de conquistados sino de conquistadores, debian precisamente la existencia á la conquista. Pero ni aun los indios que seguian á Hidalgo habian sido conquistados por los españoles. Dolores, San Miguel el Grande, Celaya y todos esos puntos llenos de vida y florecientes en los momentos que se dió el grito de independenciam, fueron desiertos inhabitados antes del descubrimiento de la Nueva-España. De vez en cuando llegaban á ellos alguna partida de errantes chichimecas que, sin domicilio fijo, vagaban desde las vertientes de Querétaro hasta las lejanas regiones de Nuevo Méjico. Pero los conocidos bajo la denominacion de chichimecas no formaban una sola nacion sino diversas naciones ó tribus, que hablaban diferentes lenguas, como son, capuzes, paines, majolias, samúes, guamares, sanzaz, guachichiles y otras muchas. Estas tribus, verdaderamente bárbaras, eran enemigas unas de otras, y todas eran grandes flecheras y de una ferocidad sin ejemplo. No tenian ciudades ni domicilio fijo, se detenian donde habia caza, y mudaban sus aduares á donde mas le convenia. Lejos de ser amigos de las naciones, relativamente civilizadas, de Anáhuac, les hacian todo el daño posi-

dispuestos á combatir contra los caudillos de la revolución, formaban el mayor número los nacidos en la Nueva-España. El mayor del cuerpo D. Diego Berzabal, el capitán D. Manuel de la Escalera, D. Gilberto de Riaño, D. José María de Bustamante, ayudante del intendente, el bizarro D. Francisco Valenzuela y otros muchos oficiales que se distinguieron por su valor, así como la tropa, y no corto número de los paisanos armados, eran hijos del país. Todos los regimientos con que contaba el gobierno para combatir á los pronunciados tenían el

ble cayendo de repente sobre los pueblos agricultores de Michoacan, y talando algunos pertenecientes al imperio mejicano, haciendo algunas veces sus correrías hasta Tula. Cuando el reino de Michoacan, enemigo de los mejicanos, se unió como otras muchas naciones, espontáneamente á España, los mismos indios que habitaban en las fronteras de los chichimecas y otomites, se ocuparon en hacerles que abrazasen la religión católica y en que se uniesen á España sin que en ello interviniesen los españoles. La anexión de Querétaro y de otras poblaciones indígenas á la corona de España fué debida al cacique D. Nicolás de San Luis, descendiente de los emperadores de Tula y Jilotepec, y al cacique otomite D. Fernando de Tapia, que estando en la república de Tlaxcala cuando llegó Hernán Cortés, se aliaron á él, al hacerlo los tlaxcaltecas, y le acompañaron en toda la campaña hasta la rendición de Méjico. El mismo cacique D. Nicolás de San Luis, refiere que él y «todos los caciques y cacicazgos mi prosapia de la gran provincia de Jilotepec» (nombra á veintidos individuos) fueron los que hicieron la conquista «de veinticinco mil indios chichimecas, con arco y flechas cada indio, que traía cinco carcajes de flechas.» Estos caciques, con sus indios, fundaron y poblaron, como continúa diciendo el mismo, «el pueblo de Santiago de Querétaro, donde quedaron doce caciques con ese objeto; San Pedro de la Cañada, San Gabriel Pateje, Santa Matengo, San Gerónimo Alfajayuca, Santa María Guipila, San Pedro Tenango, San Felipe, San Bartolomé de Gado, San Miguel de Finque, San Lucas de la Barranca, San Miguel el Grande, Chamacuero, Celaya, Apaseo» y otros muchos que sería prolijo enumerar. Se ve, pues, que los indios de Dolores, de San Miguel y de las demás poblaciones que seguían á Hidalgo, no fueron conquis-

mismo origen. Las tropas de una y otra parte eran americanas, sin mas diferencia, como ya he dicho otra vez, que el de haber en las del gobierno muchos jefes y algunos oficiales europeos, aunque la mayor parte de estos eran españoles americanos.

Colocadas las fuerzas sitiadoras en los puntos dominan-

tados por los españoles, sino que fueron aliados de Hernán Cortés, pobladores de aquellos desiertos territorios. Por lo mismo es inexacto, aun cuando solo hubieran sido indios todos los sublevados, «que iban á medir sus armas los conquistados contra los conquistadores». No es menos inexacto que «los esclavos se levantaban contra sus señores;» puesto que los descendientes de españoles eran considerados españoles y los indios jamás sufrieron esclavitud. Por lo que hace á que «la poderosa águila mejicana, hendiendo los aires retaba al imponente león español al combate,» nada es menos cierto que ello. El águila mejicana no había sido antes de la llegada de Hernán Cortés á la Nueva-España, la bandera de los habitantes del país, sino de los habitantes de la ciudad de Méjico que eran conquistadores de esos pueblos que tenían sujetos terriblemente á su dominio. Querétaro, con toda la provincia de Jilotepec, lo mismo que otros sitios no muy distantes, fueron conquistados por los mejicanos en tiempo del cuarto emperador de Méjico, Moctezuma Ilhuicamina, y lo fortificó como frontera de su imperio, con presidios de tropa mejicana contra las invasiones de sus acérrimos enemigos los tarascos ó michoacanos y los chichimecas. Mal podían, pues, los conquistados por los aztecas, enarbolar como bandera, el pabellón de sus opresores, para retar al león á quien se habían unido espontáneamente para librarse de la primera. El cura Hidalgo que conocía muy bien la historia de los diversos reinos que ocuparon antes de la ida de Hernán Cortés la vasta región de la Nueva-España, se manifestó profundo político no enarblando como enseña una águila que había conquistado todos los pueblos del Anáhuac. Es penoso tener que repetir á cada instante que los mejicanos no eran mas que los habitantes de la capital y que todas las demás provincias eran otros tantos reinos conquistados por ellos; pero la frecuencia con que en estos últimos tiempos se incurre por varios escritores, en el error de confundir á los indios conquistados, con los indios conquistadores, hace precisa esa repetición, que el lector sabrá disimular, en gracia del esclarecimiento de la verdad.

tes, rompieron inmediatamente el fuego sobre los sitiados, que contestaron acto continuo con los suyos. No se escuchaba por fortuna las terribles detonaciones de la destructora artillería, porque en uno y otro campo se carecía de ella (1); pero en cambio no cesaba un solo instante el fuego activo y graneado de la fusilería. La trinchera situada en la bocacalle de los Pocitos, que estaba á cargo del capitán D. Pedro Telmo Primo (e), fué sobre la que cargaron con mayor ímpetu los independientes. El intendente Riaño, juzgando necesario reforzar aquel punto, tomó veinte hombres de la compañía de paisanos que estaba agregada al batallón, y salió él mismo á situarlos donde juzgó mas conveniente, acompañándole su ayudante D. José María Bustamante. El valor que le distinguía le hizo olvidar la prudencia exponiendo su vida, de la que dependía el buen orden de la defensa. Muchas balas pasaron silbando á su lado y sobre su cabeza; pero ninguna llegó á tocarle mientras situaba la gente. Dadas sus disposiciones, volvió hácia la alhóndiga; pero apenas llegó á pisar los escalones de la puerta, cuando cayó muerto por una bala de fusil que le dió en el ojo izquierdo (2). El tiro fué disparado exprofeso sobre

(1) Sufre un error el apreciable escritor D. Emilio del Castillo Negrete al decir que, «á las detonaciones de la fusilería y artillería,» etc., pues no tenía pieza ninguna el intendente Riaño, y las que después tuvo el cura Hidalgo, fueron las que se fundieron transcurridos varios días de la acción.

(2) Don Carlos María de Bustamante, en su *Cuadro histórico*, refiere la muerte del intendente de diversa manera. Dice que notando que el centinela de la puerta había abandonado el fusil, lo tomó él y empezó á tirar balazos. Pero es enteramente inverosímil que así sucediera. «Extraño hubiera sido,»

él, por un sargento del regimiento de Celaya, quien antes de disparar manifestó á los que estaban á su lado lo que iba á hacer. El tiro, según todas las probabilidades, partió del cerro del Cuarto en que estaban colocados los soldados y los indios, y no de una de las casas de la plazoleta de la alhóndiga que tiene vista al Oriente, como asienta D. Lucas Alaman (1). «Así terminó, dice un juicioso historiador mejicano, con una muerte gloriosa, una vida

dice con mucho acierto D. Lucas Alaman, patentizando la inverosimilitud del hecho de la manera que lo refiere Bustamante, «que un jefe como Riaño, abandonando otras atenciones muy preferentes, se hubiese entretenido en tales momentos en estar tirando balazos; tanto mas que, aun cuando fuese cierto que el centinela hubiese abandonado el puesto, tenía con quien reemplazarlo, pues el mismo autor, sin tener presente lo que ha dicho una línea antes, cuenta que con la propia bala con que Riaño fué muerto, quedó herido un cabo que estaba á su lado. En esto D. Carlos Bustamante no es culpable mas que por haber dado crédito á una relación que le comunicaron de Guanajuato, que he tenido á la vista, pero que una sana crítica debía bastar para procurar rectificarla.»

(1) Aunque importa poco á la historia el grado del que disparó el tiro y el sitio de donde partió, siempre es curioso saber quién fué el primero que privó al gobierno español de uno de sus mas pundonorosos jefes al empezar la lucha de independencia. D. Lucas Alaman dice que fué un cabo del regimiento de infantería de Celaya, el que disparó; pero D. José María de Liceaga, en sus *Adiciones y Rectificaciones*, asegura «que no fué cabo sino sargento de dicho regimiento;» (de Celaya:) que «antes de disparar el tiro, llamó á varias personas para que fuesen testigos de que él, y no otro alguno, era el que lo ejecutaba;» y que, «habiéndose divulgado la noticia de semejante ocurrencia, excitó la curiosidad de conocer á aquel hombre, hasta el extremo de que muchos con tal objeto anduvieran por todos los parajes en que oían decir que se encontraba.» Liceaga, respecto del sitio de donde salió el disparo, aduce varias razones que convencen que fué lanzado del cerro del Cuarto, y después de exponerlas agrega: «todo lo cual hace inverosímil que el tiro hubiese partido de la ventana de una de las casas de la plazoleta de la alhóndiga que tiene vista al Oriente.»